

# Capítulo 29 - - Luces pálidas

- Capítulo 29 - - Luces pálidas

# Capítulo 29 - - Luces pálidas

Para su grave vergüenza, la primera reacción de Angharad fue sentir alivio de que no hubiera sido ella quien lo hubiera hecho.

La segunda fue furia: el cadáver de Aines no pudo haber quedado fuera del salón por accidente; el asesino quiso que todos lo vieran. Se acercó a la multitud, sólo algunos se voltearon al escucharla: el resto estaban demasiado ocupados gritando. Lord Ishaan fue el primero en notarla y el hombre — aún con mejillas regordetas, aunque la cicatriz fresca en su labio ahora le daba un aire más duro — se puso rojo como una manzana.

—Lady Angharad — balbuceó —. Quiero decir—.

Shalini se inclinó sobre su hombro, con la mirada que iba de arriba abajo, y soltó un sonido de aprobación.

—Él te está pidiendo que te pongas pantalones — tradujo—. Con respeto.

Angharad frunció el ceño. Su ropa interior le llegaba hasta los muslos, pero no estaba desnuda.

—Por eso la gente bromea sobre los Ramayans, Nair — opinó Tupoc Xical, saliendo al paso—. No pueden aceptar un regalo ni cuando cae directamente en sus manos.

La mirada de Tupoc no era la más lasciva que Angharad había recibido; había tenido miradas más lascivas en ropa de entrenamiento tras sudar mucho. Pero los ojos pálidos, claramente apreciativos, la observaban desde una distancia respetuosa, y la atención que la conversación había despertado en los que gritaban era suficiente para convencer a Angharad de aceptar la petición de Ishaan.

No podía imaginar nada más nauseabundo que discutir sobre vestimenta junto a un cadáver de víctima de asesinato.

Regresando apresuradamente a sus aposentos, se puso pantalones y botas, y se ceñó a toda prisa su sable. También tomó su capa y salió con los brazos extendidos, pero se detuvo justo en la puerta. Yong estaba allí, con el flequillo suelto pese al corte que la amable anciana le había hecho después de que perdiera su coleta superior. Y también Song, sonriendo, presionando una pistola contra su abdomen. Para honor del Tianxi mayor, no parecía particularmente temeroso; en cambio, asintió en dirección a Angharad, ignorando que estaba a un solo movimiento de que le dispararan en el estómago.

—Tredegar — dijo —. Quiero hablar en privado.

Angharad casi suspiró, sujetando su capa y ajustando los solapas con fuerza.

—Eso no va a pasar — afirmó Song —. Sé quién eres, Jiang Shashou Yong.

¿Alguna especie de título chino? Yong difícilmente pareciera un noble, y las Repúblicas no deberían tener ninguno aparte.

—No recuerdo haber visto a la joven en Diecai, así que le garantizo que está a salvo — dijo Yong con tono seco.

Los ojos de Angharad se entrecerraron, molesta por haber sido excluida de una conversación que ella misma había iniciado.

—Basta, Song — ordenó, bajando la pistola—. Puedo decidir con quién hablo, sea en privado o no.

Su amiga hizo una mueca.

—Angharad, él está—.

—Cualquier que sean esas palabras en chino que añadiste a su nombre, me imagino — intervino—. No me importa. Eso no pone la decisión en tus manos.

Diecai. El nombre le era vagamente familiar. ¿Una batalla de hace unas décadas, quizás una victoria republicana? Angharad admitía no haber sido la estudiante más diligente en historia de Tianxia y Someshwar. Solo hay tantas veces que puedes escuchar que diez mil soldados mueren por mover una frontera dos millas antes de que todo se vuelva una mezcla indistinta. Sus ojos se desplazaron hacia Yong.

Mientras tanto, Maestro Yong, apenas si nos conocemos y recientemente hubo un asesinato, dijo ella. No saldremos solos a ningún sitio. Sin embargo, los tres podemos tomar un momento en mis cámaras para conversar sobre lo que solicitaste.

Song susurró algo en mandarín, y los ojos del otro Tianxi se volcaron hacia ella con rapidez, respondiendo con áspera acritud en el mismo idioma, lo que hizo que la paciencia de Angharad se agotara.

“Ambos están siendo extremadamente groseros,” dijo ella con frialdad. “Compórtense bien o váyanse.”

Song hizo una mueca de disculpa, asentando con la cabeza, pero Yong permaneció impasible.

“¿Vamos a tu habitación?”

Angharad estuvo a punto de echarlo, pero eso era ira hablando y no sensatez. Se apartó y los invitó a entrar, sin cerrar la puerta. Para cuando ambos estaban dentro, el arma de Song ya desapareció de su vista.

“Querías hablar conmigo,” le recordó Angharad al hombre. “Aquí estoy.”

Yong dudó un momento, y luego tomó una decisión.

“Un amigo mío descubrió que Aines y Felis fueron enviados aquí por la misma camarilla,” dijo. “Pagó por sus lugares en el Bluebell.”

El Pereduri levantó una ceja.

“Camarilla?”

“Pandilla,” aclaró Song. “Sacromonte tiene más de un perro con pulgas. Algunas crecen hasta ser peligrosamente grandes e influyentes.”

El signo de un estado en decadencia, en el que la nobleza incumplía injustamente sus deberes. Tal cosa nunca habría sido tolerada en Peredur: las almas entregadas a la infamia no permanecían en el ducado, huían al extranjero para convertirse en piratas y mercenarios. Sin embargo, habría tiempo para reflexionar sobre las fallas de Sacromonte más adelante.

“¿Por qué criminales pagarían por enviar a una pareja casada a esta isla tan peligrosa?” preguntó Angharad.

“Por apuestas,” dijo Yong. “Se llaman ‘juegos rojos’. Los desesperados endeudados son enviados aquí y se les dice que deben cumplir una tarea a cambio de salvación.”

A la noblewoman no le gustaba esa idea. La conclusión resultaba tan evidente como fea.

¿Felis le mandaron matar a su esposa? — exclamó, horrorizada.

El Tianxi agitó su mano.

“No lo sé con certeza,” afirmó. “Pero intentó que ella abandonara nuestra tripulación varias veces durante la Prueba de Líneas y Aines nos dijo que si ella moría antes de llegar a la tercera prueba, habría consecuencias funestas.”

¿Para quién? — preguntó Angharad.

“Escuché que tienen hijos,” dijo en voz baja Song.

El anciano asintió.

“No les importa la muerte,” comentó. “La muerte es barata. Lo que realmente les interesa es la sorpresa, la historia. Si le dijeron a Aines que debía vivir hasta la tercera prueba o sus hijos morirían, entonces Felis...”

“Podría haber sido informado de lo contrario,” dijo Angharad. “Para así descubrir quién traicionaría primero a otro.”

Su mandíbula se tensó, apretando los dientes. Un vileza repugnante, propia de una soberbia que solo merecía respuesta con la propia daga.

Entonces, ¿tienes la creencia de que Felis fue el culpable? — preguntó ella.

“No lo sé,” admitió Yong. “Pero tenía medios — dormían en la misma habitación — y motivación. La escena se asemeja mucho al asesinato de Ju, que dudo que él tenga algo que ver, pero tal vez ese sea el truco.”

A Song le interesaba otra cosa más.

“¿Por qué nos traes esto a nosotros?” preguntó. “Viniste con el grupo de Ramayan.”

El Tianxi mayor la miró con irritación, y por un momento Angharad pensó que volverían a enzarzarse en una discusión. Pero él se encogió de hombros.

“Ishaan es buen tipo, para ser un Someshwari, pero solo llegará hasta cierto punto con esto,” dijo Yong. “No creo que dejes el asunto aunque la situación se complique.”

Era cierto que Aines no había formado parte de la tripulación de Ishaan y, por tanto, no tenía obligación alguna con ella como señor, pero Angharad pensaba que se subestimaba al joven señor. No tenía motivos para creer que la Someshwari fuera de carácter tan débil como para permitir que un asesinato permaneciera impune, pero Yong era Tianxi. Él tendría poca comprensión sobre la nobleza y sus deberes.

“Ya dos veces uno de los nuestros ha sido asesinado sin piedad,” dijo Angharad. “Indiferentes a... la suciedad, como tú dices, debemos librarnos de esta maldición antes de que vuelva a ocurrir.”

El Tianxi le asintió con satisfacción, confiado en la promesa implícita. No tenía más que decirles, así que tras un despedirse apenas decente, tomó la puerta. Angharad habría seguido, si Song no hubiera puesto una mano de contención en su brazo.

“Hay algo extraño en el cuerpo,” dijo.

Seguramente quería decir en Aines. Angharad levantó una ceja.

“¿En qué sentido?”

“El cuello fue cortado, pero la sangre vertida fue mínima,” dijo Song. “O bien la limpiaron, o...”.

“Aines fue asesinada antes de que le cortaran el cuello,” concluyó Angharad.

Ella había visto suficientes cadáveres como para distinguir la diferencia.

“No fue así en la muerte del gemelo,” continuó después de un momento. “Había mucho sangre en la hierba.”

“Ju fue definitivamente asesinada con vida,” coincidió Song. “Lo cual plantea la pregunta de por qué fue diferente esta vez, si fue la misma mano criminal.”

“Entonces Félix mató a su esposa sin dejar huellas, y luego le cortó el cuello para que el primer asesino fuera suyo,” frunció el ceño Angharad.

Una pausa.

“Podría ser al revés,” señaló. “El asesino pudo haber alterado intencionadamente esta muerte para enviarnos tras el hombre equivocado.”

Aunque Angharad nunca había contemplado tal estrategia en relación con un asesinato, tales maniobras no eran infrecuentes en la corte. Song asintió en señal de aprobación.

“De cualquier modo, no aprenderemos nada más aquí,” dijo el Tianxi. “Lo mejor será volver antes de que los demás pierdan la paciencia.”

--

El lugar parecía una caja de pólvora a punto de explotar.

Alrededor del cadáver de Aines, en calma, se habían congregado todas las almas del templo, vestidas con distintas ropas pero armadas cada una. Había media docena de pistolas y tantas navajas, y aunque aún no las apuntaban, las ondeaban con demasiada efusividad para el gusto de Angharad. Se estaban formando líneas, agrupaciones. Ishaan, Shalini y Acanthe estaban presionando a Tupoc, junto a quien estaba un ocotlán con aire de burla. La causa de la discordia era Félix, que se encorbaba como un perro golpeado.

“Dormían en la misma cama,” insistió Ishaan. “¿Me quieres hacer creer que no se despertó ni siquiera cuando ella fue sacada de la habitación?”

“Los drogas o un contrato lo resolverían fácilmente,” encogió los hombros Tupoc. “Me interesa más saber qué hacía Lan, despierta tan temprano y paseando por ahí.”

La gemela sobreviviente de Tianxi parecía nerviosa, pero no estaba sola. Lady Ferranda, Brun, e incluso Yong, la acompañaban. Fue Brun, el sacromontano de cabellera clara y carácter siempre equilibrado, quien respondió.

“¿Sugieres que también ella asesinó a su propia hermana?” preguntó Brun.

Tupoc se encogió de hombros, aunque pocos compartían esa idea en medio de la multitud. Todos recordaban el duelo de Lan aquella mañana.

“Por cierto,” añadió Brun, “Lady Ferranda fue la primera en salir tras el grito de Lan, y no vio nada que mereciera llamar la atención.”

Uno de nosotros habría acabado por encontrar el cadáver eventualmente, coincidieron Ferranda Villazur. Que fuera Lan, no hacía mayor diferencia.

—No puedo estar de acuerdo— afirmó rotundamente Lord Remund—. Noto que estás completamente vestida, Ferranda. ¿Me estás diciendo que lograste esto en apenas unos momentos antes de salir corriendo? Es sumamente sospechoso.

Los labios de Ferranda se estrecharon. No respondió.

—Estoy segura de que ella tiene una explicación para ello— dijo Lady Isabel, intentando nuevamente apaciguar los ánimos—. No acusemos a la ligera, Remund.

Master Cozme permaneció erguido junto a los dos infanzones, consolidando su facción. A diferencia de los nobles, el mustachudo soldado parecía reacio a intervenir en la discusión, aunque permanecía armado y alerta. Sus ojos buscaban algo, se dio cuenta Angharad, o al menos a alguien. Un latido más tarde, dedujo a quién.

—¿Dónde están Lord Zenzele y Yaretzi?— preguntó la noble, avanzando con Song a su lado.

—Ah, Lady Tredegar finalmente nos honra con su presencia— exclamó Tupoc—. Bienvenida con retraso.

—Hablas mucho, para quien tiene tan poco que decir— dijo Shalini Goel con tono suave.

La misma Someshwari dirigió entonces su mirada hacia Angharad.

—Ambos entraron apresuradamente cuando todos estaban allí— explicó Shalini—, pero debieron escabullirse después.

Los murmullos se extendieron.

—Es sospechoso— comentó Remund.

—¿Puede siquiera llamarse eco si solo repites tu propia voz, Cerdan?— se burló Yong.

Hubo más risas de las que ella esperaba, y varios sonreían. Las mejillas de Remund se enrojecieron de ira, pero Cozme le impidió responder, claramente deseoso de hacerlo.

—Basta— intervino Angharad—. No podremos esclarecer esto hasta que todos estén aquí. ¿Alguien vio hacia qué lado se dirigieron?

Un mutis general, pero sin respuesta.

—Entonces, tendremos que buscarlos piso por piso— propuso Angharad—, en parejas por seguridad.

—Eso no será necesario— respondió ella de inmediato.

Reconoció la voz de Lord Zenzele antes que él mismo apareciera a la vista, acompañado de Yaretzi, con rostro de acero. Bajaban las escaleras que conducían al nivel superior y el estómago de Angharad se contraía. Ninguno parecía traer buenas noticias.

—Subimos a echar un vistazo a las puertas de arriba— explicó Yaretzi.

El flujo actual de curiosidad aseguraba que se les permitiera hablar en lugar de ser interrogados.

—Alguien dañó dos de las tres— informó Lord Zenzele—. Sus agujas ya no giran y los mecanismos están averiados; espero que solo la puerta que se abrirá a la séptima hora sea apta para abrirse.

Estamos siendo obligados a permanecer juntos— pensó Angharad—. ¿Por qué? ¿Acaso el asesinado no preferiría que las cuadrillas se dividieran lo antes posible, para esconderse de la retribución?

—Conozco solo un martillo por aquí— señaló Song—. ¿Ocotlán?

El hombre corpulento resopló.

—Como si alguna de ustedes, ramitas, pudiera manejarlo— dijo el azteca—. Estaba en mis habitaciones cuando el alboroto me despertó, así que no ha sido robado.

—Entonces deberíamos revisar las bolsas de todos en busca de un martillo— sugirió Lord Ishaan.

—De acuerdo— afirmó Angharad con énfasis—.

Hubo cierta vacilación en la multitud, pero también disposición. Nadie quería que el asesino quedara impune.

—La última vez, un cuchillo ensangrentado fue dejado en los asuntos de mi lacayo— advirtió Lord Remund—. No asumamos que un martillo implica culpabilidad; podría haber sido colocado allí.

—Eso es algo que diría un hombre con un martillo en la mochila— sonrió Tupoc, riendo.

Eso puso fin a toda discusión, especialmente ante Remund, con las mejillas aún rojas por la rabia. Organizar quién revisaría las bolsas fue más largo y laborioso que simplemente revisarlas, pero al final tres de ellos— Angharad, Ishaan y Tupoc— fueron nombrados encargados de la tarea. Los capitanes de la tripulación cuyos dueños no participaban en la inspección también revisaron las bolsas, con discreción, tanto como pudieron en ese pasillo, con todos mirando. Una búsqueda rápida y meticulosa, que no duró más de diez minutos, no arrojó ningún martillo.

“Podría estar escondido en la habitación del asesino,” sugirió Brun. “Podemos buscar allí también.”

“Habría sido más sencillo simplemente arrojarlo a una de las piscinas de abajo cuando hubieran terminado,” opinó Acanthe Phos. “Y no creo que nadie quiera meterse a rebuscar en esa agua extraña.”

Hubo gestos de desaprobación, pero nadie le contradijo. Todos habían sido cautelosos de no entrar en contacto directo con las aguas iridiscentes de las piscinas y cascadas abajo.

“Entonces debemos buscar al asesino con astucia y testigos,” dijo Angharad. “Interroguen a todos los que puedan haber visto algo.”

“Esto no es Malan, Lady Angharad, y nosotros no somos sus campesinos,” dijo con bluntitud Shalini Goel. “Nadie aquí está obligado a aceptar su juicio.”

“¿Miedo a las preguntas, Someshwari?” Ironizó Lord Remund con sorna. “Lady Angharad ha demostrado ser honorable, a diferencia de ustedes.”

Ella escondió su sorpresa ante la defensa contundente, aunque una parte de ella se preguntaba si simplemente era una estrategia para atacar a sus adversarios desde allí.

“Su honor no está en duda,” replicó suavemente Lord Ishaan. “Parece más prudente que más de una persona investigue este asunto.”

“Lord Ishaan tiene toda la razón,” respondió ella. “No quise dar a entender lo contrario.”

Angharad esperaba elogios relativamente directos, como en el caso de las bolsas, pero para su sorpresa esa no fue la realidad. Pocos apoyaron a Tupoc—solo Ocotlán y Felis—mientras Ishaan también luchaba por obtener apoyo de su tripulación. Brun y Lady Ferranda, en cambio, impulsaban a Yong, con la apoyo sorprendente de Lan. La repentina ruptura en la autoridad no tenía sentido para ella, hasta que el argumento la llevó a observar a Zenzele defenderse como investigador.

Todo era por la puerta, todo porque dependía de aquella.

Solo había una opción, así que, gustara o no, todos irían por el mismo camino, compartiendo la misma senda. Los capitaneos anteriores no tenían relevancia, pues todos pisarían el mismo suelo de todos modos, por lo que ahora todos preferían a quienes más confiaban o les agradaban, en lugar de su antiguo capitán. ¿Eso quería el asesino? Forzar a todos a pasar por una sola puerta, que se abriría en horas, había acabado con los equipos de exploración.

Peor aún, todos sabíamos que solo faltaba poco para la séptima hora, pensó. Cuando se abriera esa puerta, tendrían que atravesarla, ya fuera que el asesino fuera capturado o no. De lo contrario, quedarían atrapados en ese templo con el verdugo, una noche más o un día más. Era la astucia del demonio en acción, pero astucia al fin, y eso les complicaba la vida.

Angharad fue designada como investigadora por la aprobación de seis voces en cuestión de instantes, luego Yong mantuvo las suyas y, para su sorpresa, Tupoc logró obtener el apoyo de Lord Ishaan cuando Yaretzi habló en su favor en lugar de el otro. Que ni Yaretzi ni Zenzele formaran parte de su conteo, cuando sí contaba con Acanthe Phos, le dejó una sensación de inquietud. Song se acercó.

“Ambos votaron tarde, después de que tú ya sabías que serías una de las vencedoras,” la tranquilizó Song. “El objetivo era elegir más de un candidato, no expresar desconfianza en ti.”

Angharad no sabía qué le molestaba más: si que las dos personas no apoyaran realmente donde creían que más se lo merecían, o que Song considerara esto como un proceso... democrático. Lo peor era que no estaba segura de que la Tianxia de ojos plateados estuviera equivocada. Dejando de lado sus incomodidades, consultó con Yong y Tupoc. Los tres acordaron que cada uno debía regresar a sus habitaciones hasta terminar el interrogatorio, y que, aunque tenían derecho a preguntar, la violencia estaba estrictamente prohibida, a pesar de las protestas de Tupoc.

—Nos queréis hacer cavar un pozo sin pala —se quejó el Aztlán—.

—No te confiaré una autoridad que creo que abusarás —afirmó Angharad con frialdad—.

—Simplemente pienso que eres el tipo de imbécil más odioso —confesó Yong—. Pero bueno, lo que ella dijo también vale.

Tupoc soltó una carcajada. Decidió creer que Yong estaba siendo irónico, por el bien de ambos. La primera acción de Angharad fue preguntar a los otros dos si tenían alguna duda para con Song y, al escuchar que no, la designó como su mano derecha para el resto de la investigación, y la fue a buscar a su habitación. Tupoc hizo lo mismo con Ocotlán, pero Yong prefirió proceder solo. Sin intención de permanecer juntos durante los interrogatorios, se dividieron y cada uno se puso a trabajar después de haber descansado a Aines en la cama de piedra de una de las habitaciones vacías.

En cuestión de minutos, Angharad quedó sola con su amiga Tianxi, inhalando profundo.

—Lan fue la primera en ver el cadáver —dijo Song—. Parece el lugar lógico para empezar.

La noble no vio motivo para disentir. Fueron las primeras en acudir a la habitación de la melliza, que esperaba con tranquilidad.

—Lady Angharad, Song Ren —saludó Lan con un gesto—. Me preguntaba si serían ustedes o Tupoc los primeros en llegar.

La Pereduri le devolvió el saludo con un asentimiento breve, manteniendo las cortesías limitadas al mínimo.

—Encontraste el cuerpo —dijo Angharad—. Cuéntame qué viste.

—Estaba muerto —respondió Lan con sequedad—.

La Pereduri torció el gesto ante su actitud despreocupada.

—¿Estaba frío? —preguntó Song.

La otra mujer se encogió de hombros.

—No lo toqué —dijo—, así que no puedo decir.

—¿Qué estabas haciendo en ese momento? —inquirió Song.

—Iba a hacer pipí —admitió Lan con franqueza—. Casi lo conseguí, pero me topé con Aines así, de casualidad.

Los ojos de Angharad se estrecharon. La falta de sutileza en la respuesta le resultaba repulsiva, pero aún más lo era. Le recordaba a aquella muchacha con la que luchó el año pasado en el pico Mawa, que no dejaba de lanzarle golpes en el rostro — Angharad era mejor en combate, ambas lo sabían, por lo que su adversaria intentaba provocarla para sacarla de quicio y así igualar fuerzas.

—Estás —dijo Angharad con frialdad—, mintiendo.

Song sacó sin prisa su pistola, que Lan observó con cautela. Aunque casi le indicó que la guardara, la implicación de violencia no contradecía exactamente la promesa hecha — solo el acto violento en sí mismo.

—Eso es una estrategia de descarar —bufó la gemela—. De ninguna forma acordaron entregarse esa autoridad.

—Lo votamos —afirmó Angharad con tono rígido—.

Sintió la mirada de la mujer de labios azules sobre ella mientras hablaba. Lan, finalmente, soltó una pequeña maldición en Antigua. Ella apretó los labios, luego levantó las manos.

—De acuerdo —dijo—. Me atrapaste. No salí de mi habitación en absoluto, porque ni siquiera entré en ella.

Angharad parpadeó, sorprendida.

—¿Por qué? —preguntó.

Song inhaló profundamente.

—Pasaste toda la noche espionando los movimientos de todos —dijo el Tianxi—, para ver quién iba a dónde.

Lan sonrió, imperturbable.

—Siempre es útil saber quién anda acostándose y conspirando con quién —comentó la mujer de labios azules—. Y no es como si estuviera haciendo algo prohibido, ¿verdad? Solo me quedé en un rincón oscuro con buena vista, esperando. No es ni siquiera espionaje, según la mayoría.

Espera, si ella había estado vigilando la entrada y salida de todos... Angharad tosió con la mano en la boca, avergonzada.

—Sí, mi señora, debería tener las mejillas sonrojadas —rió Lan con burla—. Esa joven está comprometida, según cuenta Remund Cerdan.

—¿Angharad?

La noblewoman observó cómo la mirada plateada de Song se posaba en ella, con una expresión que no revelaba nada.

—No fue así —intentó decir, pero se detuvo a masticar las palabras—. No lo hicimos. Rechacé la propuesta, dadas las circunstancias.

—Pero ella intentó acostarse contigo —dijo Song lentamente.

—Nos estamos desviando del tema —respondió Angharad con rigidez.

La Tianxi debió interpretarlo como una confirmación, pues su rostro se tensó. Por un momento, Angharad creyó ver furia en la expresión de la otra mujer, pero seguramente solo era el juego de luces. Nunca había recibido ni una pista que sugiriera interés de Song hacia ella, ni que pensarán en uno u otro con esa intensidad, entonces, ¿para qué celos o ira? La salvación llegó de una fuente inesperada.

—Pobre Isabel —meditó Lan—. Debe haberse sentido deprimida después de su otra visita.

Eso capturó la atención de ambas.

—¿Otra visita? —preguntó Angharad.

—Remund Cerdan entró en su habitación —dijo la mujer con los labios azules—. Estuvo allí unos quince minutos, salió con aspecto enojado y fue directo a su propia habitación.

Song tarareó, mostrándose interesada.

—Quizás problemas en Sacromonte —sugirió—. ¿Quién más estuvo rondando, Lan?

—Ah, y ahora incluso dices mi nombre con dulzura —sonrió la otra mujer—. Qué curioso, incluso una rata recibe una sonrisa cuando tiene el barro adecuado; es como si el mundo funcionara con secretos.

—Quizá nos ayude a descubrir quién fue el asesino conocer quién se movió durante la noche —confesó Angharad sinceramente—. Te agradecería que nos lo informaras.

Las gemelas suspiraron.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo la mayor—. Shalini fue a la habitación del Lord Ishaan, y no necesité escuchar más para deducir por qué. Estuvo allí cerca de dos horas, luego volvió a la suya. Poco después, Ferranda Villazur salió completamente vestida y subió las escaleras.

Angharad se quedó quieta. Todas estaban en el cuarto nivel, y el quinto solo albergaba la estancia con las rejas.

—¿Tenía un martillo? —preguntó.

—Traía un manto, así que no puedo decirlo —contestó Lan—. Estuvo fuera como una hora, como mucho, y luego volvió a su habitación.

Angharad mordió su labio pensativa.

—¿Y después? —preguntó Song.

—Después, me quedé dormida —admitió Lan—. Cuando desperté, no estaba segura de la hora, así que fui a mi habitación a descansar un poco. Me topé con el cadáver de Aines en el camino, y ya sabes cómo sigue la historia.

Cerró los ojos, intentando encajar las piezas.

—¿Cuánto tiempo estuvo Lady Isabel en mis aposentos? —preguntó.

—Llegó allí alrededor de la hora once, salió cerca de la una —dijo Lan—.

—¿Otra visita de Shalini?

—Desde la medianoche hasta cerca de las dos —contestó—.

Luego, Lady Ferranda subió durante una hora y bajó nuevamente.

—Son las cinco y cuarto ahora —observó Song—. Y no habrá pasado más de media hora desde que everything empezó.

Lan dedujo que encontró el cadáver aproximadamente quince minutos antes de las cinco, más o menos, y antes de eso, la gemela había dormido poco menos de dos horas. La última persona en recorrer los pasillos fue, al parecer, Lady Ferranda. Esto clarificó quién debía ser el próximo destinatario de la visita de Angharad.

—Gracias por su colaboración —le dijo a Lan.

La Tianxi sonrió, revelando unos dientes manchados del mismo azul que sus labios.

—Si los encuentras, intenta no matarlos—, dijo Lan—. Primero tengo una deuda que saldar.

—

Angharad no solía hablar con Lady Ferranda Villazur desde que comenzó la Prueba de las Ruinas, algo que a veces le generaba una punzada de culpa. Sin embargo, aquel no era momento de ceder a esa culpa, así que, al entrar junto con Song en la habitación, mantuvo su rostro impassible. Ferranda, aún vestida completamente y con el moño apretado, se encontraba sentada en su cama.

Los saludos fueron cortos, por lo que Angharad decidió no prolongar la incomodidad compartida.

—Te vieron subiendo durante la noche—, le dijo a la infanzona—. ¿Puedo saber por qué?

La de cabello dorado de Sacromontana la observó unos instantes, frunciendo el ceño.

—Lan o Brun—, contestó finalmente—. Todos los demás habrían considerado esa tarea por debajo de su dignidad.

Brun no era muy dado a husmear, pensó Angharad, por lo que Ferranda había malinterpretado la asunto. De cualquier manera, no tenía intención de revelar la falta de tacto de Lan, pues que otro fuera indiscreto no justificaba seguir su ejemplo.

—Una perspectiva interesante—, comentó Song—. Pero no es una respuesta a nuestra inquietud.

Ferranda suspiró.

—Subí porque quería aplastar dos de los tres caminos—, confesó.

Hubo una breve y tensa pausa mientras Angharad reconocía, para sí misma, que no esperaba una confesión tan franca y sencilla. Song pareció igual de sorprendida.

—¿Con qué propósito?—, preguntó finalmente.

Ferranda se enderezó.

—Me informaron que Lady Isabel pasó una prueba en vuestro grupo, mostrando un conocimiento previo evidente.

—Y tú tienes ese conocimiento—, dijo Angharad, sin querer dejarlo en el aire.

—No el nuestro—, admitió la infanzona—. La Casa Villazur lo adquirió de una casa mejor informada. Entre ese conocimiento había una descripción detallada de este templo y de hacia dónde conducen las tres 'puertas'. Es uno de los pocos puntos fijos en el laberinto.

—¿Y qué hace que esa puerta sea tan importante?—, preguntó Angharad.

—Una de las que atravesé conduce a una trampa, un pasillo cuyo suelo se eleva hasta llegar al techo—, explicó Ferranda, y la pereduri hizo una mueca—. La segunda lleva de regreso a otra encrucijada, que se extiende en todas direcciones.

Hizo una pausa.

—La que decidí dejar intacta debería conducir a una fortaleza-templo que vigila la última sección del laberinto: un pasaje conocido como el Camino de Peaje.

Song se levantó de su postura apoyada en la pared, ganándose una mirada curiosa de las otras dos.

—He oído ese nombre antes—, dijo—. Me dijeron que lleva directamente a la puerta donde deben estar los diez vencedores.

—Podrías haber compartido tu conocimiento en lugar de usar un martillo—, expresó Angharad, dirigiéndose a la otra noble, aunque su tono era suave.

Saber que Ferranda no actuó con intención de dañar la redujo a nada la ofensa genuina ante el acto.

—Lo hice—, afirmó Lady Ferranda—. Luego, Lord Ishaan me pidió que mantuviera esa información en secreto.

La mandíbula de Angharad se tensó.

—La puerta a la trampa mortal—, comenzó—. ¿Quién—?

—El grupo de Tupoc—, interrumpió la infanzona—. Y, aunque no niego que el hombre merece morir, no habría muerto solo.

Y así, Ferranda Villazur había actuado dentro del marco del honor: no había contravenido la palabra del capitán bajo quien servía, pero tampoco había permitido que aquellos a quienes consideraba indignos de la muerte se acercaran sin saberlo. Angharad asintió con respeto, lo que provocó que el rostro sencillo de Ferranda se contrajera en sorpresa. Song carraspeó.

“No quiero menospreciar su honor,” dijo Tianxi, “pero si quisiéramos verificar sus palabras...”

“No creo que Lord Ishaan los niegue si se lo pidieran,” encogió de hombros la infanzona.

“El martillo que usaste,” insistió Song.

“Lo tiré en una de las piscinas del piso de abajo,” dijo divertidamente Ferranda. “Como sospechaba Lady Acanthe. Es el que está junto al gárgola torcido con garras de dragón, si quieres mirar.”

Angharad aclaró su garganta.

“¿Y la razón por la que permaneciste vestida?”

“Por si esto salía mal,” dijo la Lady Ferranda con franqueza. “Si descubrían mis acciones mientras dormía, no quería estar en ropa interior, así que dormí completamente vestida. También, mis asuntos están empacados.”

Una mirada detrás de ellas era suficiente para corroborarlo: la habitación estaba impecable, las bolsas ordenadas. Song, sin embargo, no estaba aún satisfecha.

“¿Por qué destruir dos de las puertas?” preguntó. “Solo una era realmente dañina.”

“Porque quiero que esta maldita prueba termine, Tianxi,” dijo duramente la infanzona. “Una vez que encontremos toda la Vía del Peaje, solo quedarán unos días para que todo acabe.”

“Entonces—”

“¡Basta!”, interrumpió Angharad, cortando a Song.

Inclinaron la cabeza hacia Lady Ferranda.

“Gracias por sus respuestas.”

“No hay de qué,” desestimó la infanzona.

Su mano derecha de Tianxi no necesitó ser sacada de la habitación, ahorrándoles a ambos la vergüenza. Angharad se volvió hacia ella después de que la puerta se cerró tras ellas.

“Eso fue innecesario,” dijo con sequedad.

Song movió la cabeza.

“Estaba mintiendo.”

Una pausa.

“¿Crees que ella es la asesina?” intentó Angharad.

“No,” admitió Song. “Pero está mintiendo sobre por qué sabotearon dos puertas en lugar de una, eso lo tengo claro. Está ocultando algo.”

Los Pereduri apretaron los dientes con frustración — tanto por la insistencia en que Song continuara con su rudeza como por el hecho de que quizás esa insistencia no era del todo injustificada.

“Todos ocultamos cosas, Song,” finalmente dijo.

“Quizá,” dijo la Tianxi, sin estar convencida. “Pero escuchen bien, Angharad: esta noche había juegos en marcha, y el que pudo haber causado un muerto quizás ni siquiera fue el más peligroso.”

--

Su tercer destino debía, sin duda, ser Felis.

Aunque Angharad no estaba segura de su culpa, las palabras de Yong no podían ser negadas: el hombre tenía tanto motivo como oportunidad. Solo cuando las dos alcanzaron su habitación, ya había alguien allí esperándolas. Tupoc estaba junto a la puerta abierta, sonriendo al verlas llegar. Más allá del umbral, Ocotlán parecía estar conversando con Felis.

“Necesitamos hablar con él,” dijo Angharad.

“¿Oh?” balbució. “¿Para qué?”

El hombre ya intentaba poner a prueba su paciencia. Decidiendo actuar con audacia, Angharad fue directamente al grano.

“Tenemos razones para creer que fue sobornado para matar a su esposa,” afirmó.

Un momento de silencio. Para un hombre cuya seguidora acababa de ser implicada en un asesinato, Tupoc Xical parecía bastante imperturbable.

“Tienes razón,” dijo con facilidad. “A Felis le dijeron que si mataba a su esposa antes de la tercera prueba, sus hijos serían criados con mucha riqueza.”

Angharad se quedó helada, sorprendida de nuevo. Los villanos en las obras teatrales eran mucho más difíciles de desenmascarar. Entonces, el Izcalli levantó un dedo.

“Pero la condición era que debía hacerlo con sus propias manos,” continuó Tupoc. “Míralo ahora, Tredegar.”

Angharad lo observó. Físicamente desgastado y con moretones, Felis parecía encorvado sobre sí mismo, aunque Ocotlán parecía más calmado de lo habitual. También miraba de reojo los rincones de la habitación, mordiéndose los labios. ¿Culpa? No, principalmente parecía preocupado. Ni siquiera tan asustado, sino ansioso por algo que iba más allá del horizonte.

—¿Se parece a alguien que acaba de salirse con la suya? —preguntó Tupoc.

Los labios del Pereduri se fruncieron en una expresión severa.

—No —admitió, sin embargo—.

—Estará maquinando para ver si puede afirmar que realizó la hazaña para sus patrocinadores de todas formas —dijo el aztlan de ojos pálidos—. Pero ese hombre es un carroñero, nada más. No tiene la valentía ni la competencia para haber hecho esto, mucho menos el primer asesinato.

Song aclaró su garganta.

—¿Y qué hay de esa historia que nos contaste sobre lo que la camarilla le exigió? —preguntó—. ¿Cómo sabes que es verdad?

—Hice que Ocotlán lo colgara boca abajo mientras le hacía preguntas —respondió Tupoc.

Angharad lo miró atónita. El hombre puso una mano sobre el corazón, con una sonrisa radiante en su rostro.

—Vamos, no soy un monstruo —dijo Tupoc—. Esperé hasta que su esposa salió de la habitación, Lady Angharad. Aún tendría oportunidad de matarla en otro momento.

Su mandíbula se tensó, los dedos apretaron el mango de su daga. Su lanza aún no estaba armada. Era una deshonra agredir a un desarmado, pero si encontraba una razón...

—No caeremos en tus provocaciones —dijo Song con serenidad—. Puedes dejar de intentarlo.

Angharad, que a punto estuvo de ceder ante las provocaciones, logró controlarse con esfuerzo. Ahora no era momento ni lugar para que Tupoc aprendiera que el crimen, inexorablemente, conlleva castigo.

—Felis no es tan sospechosa como se creía —dijo, apretando los dientes—.

—Entonces estamos de acuerdo —afirmó Tupoc—. De verdad, admiro a ese asesino. Es más sutil que cuando incriminaron a Tristan por los gemelos: tuvieron que aprender sobre los juegos rojos, no limitarse a observar una pelea.

Angharad hizo una pausa.

—No creíste que Tristan fuera el culpable —dijo lentamente—.

—Por supuesto que no —contestó Tupoc.

Pareció sorprendido por sus palabras.

—Lo acusaste repetidamente, Tical. Lideraste la campaña para que se le culpara.

—Porque quería que muriera —le dijo el aztlán, como si ella fuera un poco lenta—.

El sable de Angharad salió a la mitad de la vaina antes de que Song le sujetara la muñeca.

—No aquí —dijo—. No ahora.

Y Tupoc, Tupoc sonreía. Ya estaba en marcha para ensamblar su lanza segmentada, uniendo las dos primeras partes.

—¿Por qué? —exigió Angharad—. ¿Qué motivo podrías tener para intentar matar a un hombre inocente?

—Algo de él ofende a mi dios —se encogió de hombros Tupoc—. Me dicen que parece alguien que debería haber muerto muchas veces, que eso es un caos total.

Song devolvió la espada a la vaina y Angharad la dejó ir. Aun estaban en tregua, se recordó. Por más débil que fuera esa tregua.

—Necesito hablar con Felis —dijo con fría autoridad—. Inmediatamente.

—Qué exigente —susurró Tupoc, haciendo ademán de abanicarse.

Pero llamó a Ocotlán, quien se levantó con paso firme. El gran hombre con la nariz rota intentó pasar junto a ella, pero Angharad puso los pies firmes —su hueso del hombro encajándose en el del otro—, y el aztlán se apartó con un gruñido de dolor. Angharad lo miró fijamente hasta que volvió la vista, partiendo con una sonrisa todavía.

—Ishaan podía tener razón —murmuró Song.

Una broma, sin duda, pero no era de su agrado fomentarla. No respondió; en cambio, se acercó a paso decidido, y antes de que pudiera siquiera saludarlos, Felis empezó a hablar sin parar.

—No lo hice— juró él con firmeza—. Estaba durmiendo cuando empezó todo el escándalo, solo pregunta a Lan, y—

—Cuéntanos sobre la noche anterior— interrumpió Song.

Mientras más tiempo dialogaban con el hombre, más clara era la impresión de que tenía poco que decir. Había ido a dormir temprano y despertó solo cuando Lan encontró el cuerpo de su esposa. Habían compartido habitación, pero no cama, y Angharad no pudo evitar notar que, para alguien con tan poca información que ofrecer, el hombre parecía excesivamente nervioso.

—¿Puedo ver tu herida?— preguntó de repente.

Felis se quedó quieto.

—¿Por qué?—

Pensó Angharad, incomodidad. Uno de los secretos que aún se ocultaban.

—Será más fácil determinar si realmente pudiste haber matado a tu esposa, dada el estado de tu herida— respondió suavemente Song.

Felis consentidamente aceptó, abriendo su camisa y bajando las vendas, que estaban en su mayoría limpias, para mostrar dónde Remund lo había apuñalado en el abdomen. Angharad se arrodilló, frunciendo el ceño al ver que la herida estaba casi cerrada. No, no cerrada. La sangre en la herida no era de carne cicatrizada, sino de algo más—roja como la sangre, sanguínea, pero no sangre. Con cuidado, tocó la zona alrededor de la herida con la punta de sus dedos, mientras Felis resoplaba exageradamente de dolor; encontró que la carne era dura. Sólida, casi como si hubiera hueso debajo. Frunciendo el ceño, Angharad se apartó y volvió a ponerse de pie.

—¿Ves?— dijo Felis—. No podría haberlo hecho.

Una mentira. Lo que fuera que fuera esa sustancia roja, había cerrado efectivamente la herida. La noblewoman esperaba que con el tiempo la piel volviera a crecer sobre ella, dejando solo esa zona de piel sólida.

—Hemos terminado aquí— dijo finalmente Angharad.

—De acuerdo— dijo Song.

Y el tono de la otra mujer era tan sombrío como sus propios pensamientos, porque ambos habían comprendido la misma cuestión: por más que hubieran aprendido, todavía no tenían idea real de quién había asesinado a Aines.

—

Yong esperaba en el pasillo cuando ella salió, con el mismo semblante sombrío.

—¿Cómo está la herida?— preguntó el Tianxi.

—Tan bien como para estar curada— respondió Angharad.

El Tianxi suspiró, pasándose una mano por la frente, aún con el cabello recién cortado.

—No me queda sino avanzar en un camino sin salidas— dijo Yong—. Escuché sobre las visitas nocturnas de Lan, pero Remund Cerdan insiste en que solo fue a hablar de su próximo compromiso y Ruesta estuvo de acuerdo.

Angharad se preparó para preguntas embarazosas, pero ninguna surgió. ¿No le iba a preguntar sobre la visita de Isabel a sus propios aposentos?

—¿Obtuviste alguna información de Lady Ferranda?— preguntó Song, para llenar el silencio antes de que se volviera demasiado notorio.

—Que estaba salvando pobres corderitos, como buena dama que es— dijo Yong con sequedad—. Villazur ya no quería saber nada de nuestro grupo y decidió que su salida era obligarnos a seguir el mismo camino, eso supongo.

Una interpretación poco benévola, pero Angharad pensó que Ferranda podría haber sido motivada a actuar por más de una razón.

—Dos horas sin testigos es demasiado tiempo— anotó Song—. No hay forma sólida de atrapar al culpable con un agujero tan grande en nuestro conocimiento.

—Exactamente— dijo Yong—. ¿Alguna idea de por qué Xical fue directamente a Felis desde el principio? Si alguien debe saber todo lo que el hombre tiene para decir, ese es él.

Angharad hizo una pausa.

—¿No ha buscado a nadie más que a Felis para interrogar?— preguntó.

—A Lan, pero solo un momento y después de mí— respondió Yong.

Eso parecía... extraño. Como también lo era el hecho de que no parecía estar interrogando a nadie actualmente. ¿Qué buscaba el Izcalli? Angharad dejó que Song informara a la otra Tianxi que no

tenían idea de qué había preguntado Tupoc y ella misma buscó al hombre, descubriendo que no estaba en ningún lugar del cuarto nivel. Aprendió dónde estuvo cuando lo vio bajar las escaleras.

—¿Qué estabas haciendo? —preguntó ella.

—Buscando si las puertas estaban realmente rotas, como dijo nuestro amigo Zenzele —respondió Tupoc—. Nunca se es demasiado cauteloso, ¿verdad?

Pensó que mentía, observando su sonrisa despreocupada. Nos dimos cuenta de algo y tú lo descubriste.

—El propósito de este acuerdo era compartir información —dijo con firmeza—, no esconderla.

—Que pienses eso —le advirtió suavemente—, es la razón por la que perderás.

Su mandíbula se tensó.

—Quizá debería poner fin a esta contienda —dijo Angharad, apretando la empuñadura de su sable—. Si no respetas el espíritu de la tregua, ¿por qué deberías ser protegido por ella?

Tupoc sonrió.

—Vamos, Remund solo estuvo un rato en los aposentos de tu querida —dijo—. No es suficiente para que pongas celos, ¿verdad?

Angharad se quedó inmóvil. Que él la insultara por eso y no por la visita de Isabel a sus habitaciones era... Se dio cuenta de que Lan no había contado a nadie más acerca de la visita de Isabel. La gratitud, aunque conflictuada, se apoderó de su alma. Su humor cambió lo suficiente como para soltar su mano del arma, por el evidente descontento de Tupoc.

—Un hombre solo puede soportar tanta burla, Tredegar —reprochó con gravedad—.

—Seguimos bajo tregua —respondió Angharad—, ¿y por qué debería valorar incluso los mínimos restos de mi honor más que la vida de alguien como tú?

—Bueno —reflexionó Tupoc Xical—, si vas a seducirme de esa manera, supongo que tendré que perdonarte.

Un día, pensó Angharad, él la empujará demasiado y ya no habrá reglas que protejan su integridad.

Ella ansiaba ese día.